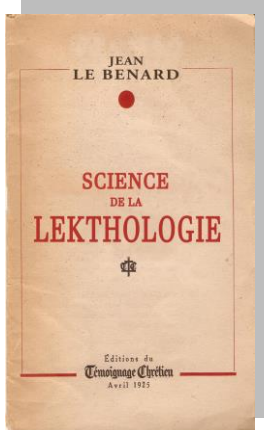


La traición menos esperada



Cuando en 1940 los alemanes entraron en París, los nazis tomaron la Escuela Lektológica como base de operaciones militares e hicieron prisionero al Dr. Le Benard en su propio castillo, obligándolo a realizar tareas de contraespionaje. De este modo y coaccionándolo con la muerte de sus alumnos, los alemanes lograron fácilmente que el doctor trabajara para ellos, descifrando los mensajes encriptados que empezaban a interceptar de los Aliados.



Jean Jean-François Le Benard, (más conocido como el Dr. Jean Le Benard). (1899 – 194 - ?), que inventó el método lektográfico y descifró los pictogramas del hueso de dragón. Retrato de Adrien Chaudey, 1932. (Cedido por el museo Cernuschi de París.)

En los primeros tiempos el Dr. Le Benard no encontró dificultades en arreglárselas con los nazis, y se entregó dócilmente a la obligada tarea de colaborar con ellos, principalmente por su entusiasta y creciente admiración que sentía hacia la política del Nacionalsocialismo, encabezada por la enaltecida figura del propio Fiuhrrer a quien veía en aquellos momentos con buenos ojos. Al igual que ocurría con su viejo y querido amigo Heidegger, Le Benard sentía fascinación hacia la magnética figura del líder del movimiento nazi, pero más tarde, al descubrir el horror de los campos de concentración detrás del falso rostro de los alemanes, cambió de posición y comenzó a hacerles creer que los estaba ayudando, cuando lo que hacía en realidad era descifrar adrede los códigos, -equivocadamente-, para que estos quedaran sin efecto ante quienes lo leían, mientras advertía a los aliados sobre los avances que los nazis hacían en la decodificación de sus códigos secretos. Sin darse cuenta, el doctor se encontró de la noche a la mañana realizando trabajos de contraespionaje sólo para salvar su pellejo.

Lo que hacía Le Benard trabajando como espía era una verdadera labor de contrainteligencia. Él no traducían fielmente a los nazis los mensajes que estos interceptaban de los aliados, él les mentía descaradamente: inventaba fechas, lugares, cantidad de tropas, etc, y en función de esto, les revelaba luego a los aliados la estrategia que los nazis pensaban utilizar con ellos para llevar a cabo su emboscada. Muchas veces, Le Benard leía en un código interceptado por los nazis que los aliados iban a atacar tal puesto de comando, pero en vez de transcribir el mensaje fielmente, él traducían para los alemanes el lugar equivocado, avisándoles luego a los aliados, por medio de los miembros de la resistencia, el lugar exacto donde iban a estar los alemanes esperándolos. De esta



El día que los nazis entraron en París. (1940)

manera siempre ganaban las fuerzas aliadas y Le Benard terminó convirtiéndose en el espía perfecto, el hombre elegido por el destino para crear la oportunidad de emboscar a los alemanes. Cada vez que los aliados se daban un banquete con las tropas alemanas era porque un garzón francés les había servido el bocado nazi en bandeja de plata. Y todo parecía desarrollarse a la perfección hasta que un buen día, por esas vueltas impredecibles del destino, las cosas empezaron a complicarse para el novato espía francés.

Según parece, **uno de los alumnos más destacados fieles del Dr. Le Benard** profesaba un secreto y obsesivo amor por su joven enamorada, la bella y dulce Ámbar Menard, sobrina del maquiavélico profesor Lethaurus (conocido como uno de sus peores enemigos). Al descubrir que su amado maestro estaba realizando trabajos como espía, el vengativo aprendiz decide tomar cartas en el asunto y denunciar esta secreta e innoble maniobra a los nazis, con los que poco a poco comenzaba a simpatizar. Una noche, finalmente, descubre por casualidad una comunicación por radio entre Le Benard y agentes de la Resistencia, y escucha donde tendrá lugar el encuentro de la reunión secreta. El vil y despechado alumno de Le Benard, decide alertar a los alemanes de la maniobra de su maestro (ahora convertido en su nuevo enemigo), y revelarles el sitio exacto en el que iba a producirse esa noche el encuentro clandestino. Cuando los nazis llegan hasta el lugar, realizan una emboscada fatal en la que eliminan a los ocho camaradas que estaban allí, -menos a Le Benard, por supuesto-, que por algún motivo llega tarde a la cita.

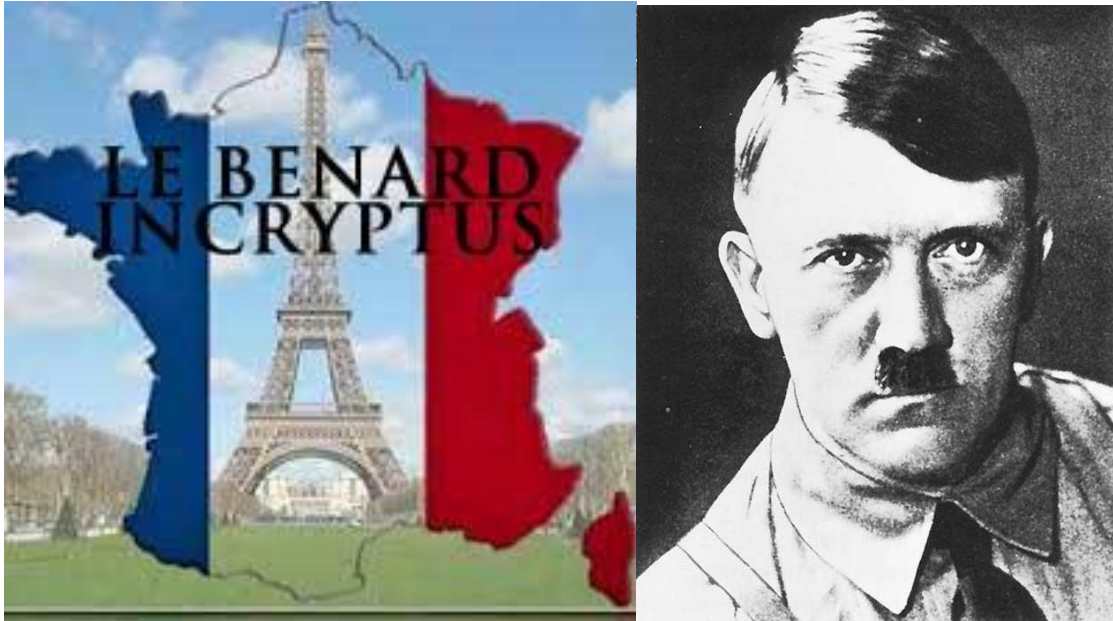


Carros blindados de asalto recorriendo las calles de París. El acontecimiento bélico que cambiaría para siempre la vida apacible del legendario criptógrafo francés.

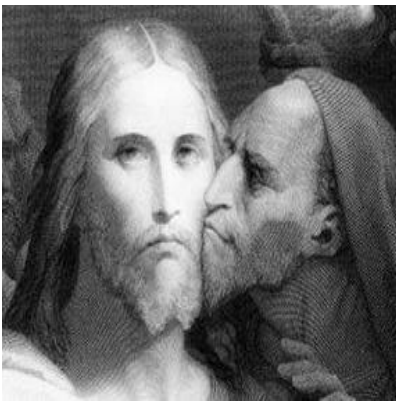


La Enigma Alemana: La máquina electromecánica de cifrado rotatorio, que permitía usarla tanto para cifrar como descifrar mensajes.

Cuando el perturbado y muy astuto discípulo descubre que su traicionero maestro, el hombre al que lo odiaba con todas sus fuerzas por creer que le había “robado” a la mujer que amaba (cuando en realidad era la joven Ámbar la que ya hacía tiempo que mantenía a escondidas un affaire con Le Benard), no murió en aquella emboscada -como había calculado-, enloquece de rabia y pone en marcha otro plan, tan siniestro como el anterior.



Dada su conexión con altas esferas del gobierno de su país decide, por intermedio de un amigo en común, dar aviso a Michael Rufó, un importante miembro del gobierno francés y dar así inicio a una maquiavélica confabulación articulada con los resortes mismos de sus perversos ideales. A Rufó le avisa que aquél traductor-espía que ellos tenían por un fiel agente secreto había traicionado en aquella emboscada a todos sus compañeros de la Resistencia, logrando de este modo hacerlo pasar por el autor intelectual de la masacre que, verdaderamente, él mismo había pergeñado.



Al comienzo, los aliados no le creen a Rufó cuando éste les dice lo que le había informado el discípulo de Le Benard sobre aquella encerrona. Pero cuando más tarde el doctor se comunica con ellos para explicarle la trampa que alguien muy cercano a él le había tendido muy astutamente, los franceses, en vez de creer en la palabra del doctor, su nuevo y exitoso espía, consideraron una aceptación de su delito el sólo hecho de ser el único miembro de su grupo que todavía seguía con vida. Los aliados, por su parte, informados del siniestro por los mismos agentes de la Resistencia, tomaron como una demostración de su culpabilidad el hecho de ser él el único que había logrado sobrevivir a la emboscada de los nazis. A partir de allí, franceses y alemanes comenzaron a perseguirlo simultáneamente, buscándolo cada uno por su lado, paradójicamente, el primero por “traidor” y el segundo por “espía”.

Como traductor que era y al vivir siempre entre las oscilaciones significantes de dos lenguas históricamente enemigas, no le resultó difícil al Dr. Le Benard convertirse en un doble agente secreto, realizando los más riesgosos trabajos de contraespionaje al servicio de la Resistencia francesa, aunque con esta inédita y sorprendente profesión de espía también corriera el riesgo de ser tomado por un “doble traidor”, -como finalmente ocurriría-.

Al ver que lo persiguen con igual ferocidad, tanto alemanes como aliados, Le Benard decide abandonar el castillo donde vivía con sus discípulos y escapar rápidamente de Francia hacia otros horizontes, pero no sin antes despedirse de Ámbar, la bella y revolucionaria joven que le devolvió las ganas de vivir cuando

la vida cruzó sus aletargados corazones de hierro y de cristal y se enamoraron al encontrarse sus ojos frente a la realidad de su nuevo e inexorable destino: el amor.

Por otro lado, el profesor Gastón Lethaurus, al enterarse de la noticia que su viejo enemigo era ahora un traidor buscado intensamente por los nazis, busca a su hija rápidamente y, al no hallarla por ninguna parte, supone que ha sido raptada por el mismo traidor que ha desertado. Desesperado y ciego como estaba, Lethaurus prueba suerte con la última carta que le quedaba sobre la mesa y telefona a la condesa Marleen Buffre, una temperamental y solterona benefactora de cincuenta y cinco años perdida y desquiciadamente enamorada del doctor, con la intención de averiguar el paradero de su prófugo amante y hallar de este modo a su sobrina desaparecida, supuestamente raptada por Le Benard. Cuando la condesa le pregunta qué es lo que ha sucedido, el profesor le dice que el doctor se ha llevado a su sobrina por la fuerza, engañándola seguramente con viles ardides. Al saber que el hombre que ella había elegido para fuera su amante eterno y ayudado con tanta abnegación e incondicionalidad en momentos de tanta dificultada ahora, él le daba la espalda y huía nada menos que con la hermosa sobrina del profesor -25 años menor que ella- no pudo soportar la traición de su enamorado y, despechada, furiosa como estaba y presa de una ira incontrolable, simula arteramente la producción de un lapsus en medio de la conversación telefónica con Lethaurus, revelándole lo que ella supone ser una “insignificante intimidad de alcoba”. El astuto profesor, no duda un segundo en utilizar el dato de su alocada informante en contra de su acérrimo enemigo, y así es como se presenta ante las autoridades alemanas con una insólita y sorprendente acusación: “*Le Benard es judío*”.



Uno de los muros del viejo castillo del Dr. Le Benard:

La fortaleza medieval donde fue apresado cuando los nazis entraron en París y lo obligaron a realizar trabajos de espionaje a favor del régimen.

A la izquierda: Martín Heidegger y las filas del movimiento del Nacionalsocialismo: debajo las banderas con las suásticas a las que se había afiliado para imbuir con su filosofía del *das-sein* el pensamiento político del Fiuhrer, con el que los nazis pensaban adueñarse de toda Europa.

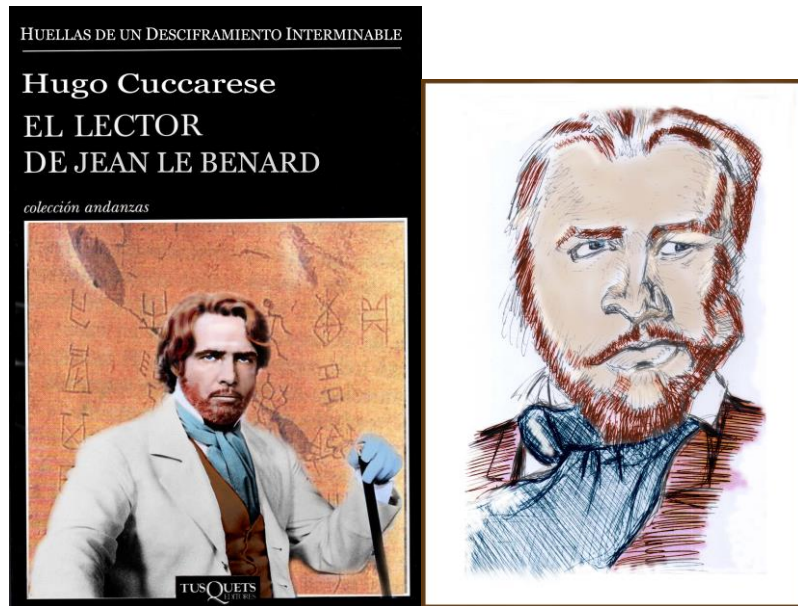
Por una carta de Marleen enviada posteriormente al nefasto profesor Lethaurus se sabe que el doctor sufrió una intervención quirúrgica en su miembro viril cuando tenía apenas 7 años de edad. -“*Le Benard no es judío. Pero perfectamente puede pasar por serlo*” -le había confesado maliciosamente Marleen al profesor-. Ahora los alemanes no buscaban al doctor solamente por espía, la Gestapo también intervino queriendo verificar si su acusado de traidor además era judío. Cuando el doctor se encuentra entonces merodeando los jardines de la casa del profesor para encontrarse con su sobrina Ámbar a escondidas y explicarle lo que había sucedido, los agentes de la SS que ya estaban en la casa ocultos, agazapados y acechantes esperándolo para emboscarlo como un animal de presa, lo apresan como un perro antes de que Le Benard pueda ingresar en la habitación de la joven.



El genio de la letra viva sumido en un estado de completa incertidumbre, pidió ayuda a su amigo el filósofo alemán, Martín Heidegger, creyendo que con un solo llamado suyo a las autoridades alemanas arreglaría todo el maldito asunto. Pero el profesor Lethaurus se adelanta a dicha maniobra y, habla con Heidegger antes de que lo pueda hacer Le Benard y le explica el lado problema que más le conviene que supiera. Cuando el doctor logra al fin comunicarse con Heidegger y pedirle que intervenga en su ayuda, aclarando el malentendido episodio de una vez por todas, el destacado filósofo supone –porque ya ha sido convencido por el propio Lethaurus y confirmado por el repentino alejamiento que el mismo Le Benard comenzó a profesar por el régimen del fiihrer- que su amigo es en verdad un judío, y, como consecuencia de ello, le da la espalda y lo deja a la buena de Dios.

A la semana siguiente, Le Benard es enviado a un campo de concentración en Auschwitz. La soplona de Marleen, al enterarse de que por culpa de su falsa y maliciosa infidencia su bello enamorado ha sido enviado a un campo de exterminio, no puede soportar el peso de tanta angustia y opta –de forma irremediable- por el peor de los caminos: el suicido.

Lejos de ser éste el único infortunio alrededor de Le Benard, la expectante y ahora desesperadamente triste Ámbar Menard al no hallar consuelo por la escabrosa pérdida de su gran amor, decide tomar los hábitos y, pese a la negativa de su tío, se encierra voluntariamente en un convento, muy lejos de allí. Lethaurus, por su parte, se afilia al partido nazi para completar la insana tarea con la que venía soñado desde que Hitler pasó a ser su dios, y el nacionalsocialismo, el ideal de su nuevo pensamiento: apoderarse de Europa. Pero un año más tarde, al vislumbrar el indetenible avance de las tropas aliadas y la consecuente caída del régimen, por intermedio de un conocido en la iglesia a la que solía frecuentar se contacta con el obispo Hudal, quien le fabrica documentos y pasaportes falsos para escapar junto a su sobrina a Sudamérica, provisto de una nueva identidad.



Después de aquella falsa denuncia, nunca más se supo del doctor Le Benard hasta después de terminada la guerra, en la que un comando norteamericano dirigido por el teniente coronel Steve Harrison, encuentra su cadáver con quemaduras de primer grado y en un estado de semi putrefacción. El cuerpo del Dr. Le Benard, que posee signos visibles de haber sido golpeado brutalmente hasta la muerte, se encuentra completamente irreconocible. Y de no ser por el número que los nazis le tatuaron en el brazo izquierdo, del que podía verse parcialmente, la identidad del occiso jamás hubiese podido ser reconocida y probada.



La Enigma Alemana

Durante los años siguientes se mantuvo la controversia acerca de si el cadáver hallado pertenecía efectivamente al Dr. Le Benard o si era solamente el de alguien muy parecido a él, con el que se lo confundió después, puesto que los últimos dos números del tatuaje se hallaban parcialmente reconocibles.

Laurent Le Goff, un colega y amigo de la familia del doctor, levantó una investigación extraoficial en la que intentó demostrar que el cuerpo hallado en Auschwitz no era el de su amigo, puesto que, según él, el doctor se había mandado hacer una incrustación de oro en uno de sus molares que el maxilar de este cadáver encontrado no lucía ciertamente entre sus piezas dentarias. Incluso, Le Goff fue más allá y llegó a afirmar que Le Benard había logrado escapar de Auschwitz, y estaba vivo en otro país, alegando que debió pasar por muerto, porque de demostrar que estaba vivo sólo hubiera servido para llevarlo a la horca.



De este modo, la controversia sobre la muerte simulada del Dr. Le Benard ha quedado parcialmente al descubierto y de un modo someramente planteado ante los seguidores más apasionados de dicho enigma. El lector interesado podrá por supuesto encontrar el debate sobre la fabulada muerte del doctor relatada en detalle y con un sin número de pruebas por uno de sus mejores biógrafos de cabecera, Laurent Le Goff. Su libro es –sin lugar a dudas– uno de esos invalores y obstinados testimonios que pone frío y patitieso a todos los amantes del misterio de su infortunada desaparición, en los campos de exterminio, y principalmente, para aquellos que creen en la posibilidad de una fuga

Sobre esta misma línea de investigación, el reconocido periodista e historiador argentino, Alfonso Theodobaldo, ha realizado un poderoso y minucioso ensayo titulado: *“La muerte más dudosa de la historia”*, un imperdible ensayo que el lector podrá encontrar en su página de *Facebook* o bien en la página oficial de Hugo Cuccarese para Le Benard en Argentina: (*“Jean Le Benard en Español”*)